

†
JHS

BOLETIN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE MENORCA

EPOCA IV

25 FEBRERO 1946

NÚMERO 3



DOCUMENTOS PONTIFICIOS

DISCURSO DEL PAPA A LOS NIÑOS EN LA
BASILICA VATICANA DIA 26 DE ENERO DE 1946

(Texto de «Ecclesia», 3—II—46).

QUERIDOS niños y niñas: Cuando Jesucristo veía a los pequeños que a El corrían jubilosos, les recibía con la sonrisa más amable y con todo el afecto de su corazón, y no permitía que nadie les arrojase de su lado. ¿Cómo, pues, no nos hemos de alegrar Nos, dichosos al acogeros y al veros aquí reunidos? Vosotros, vuestros bienhechores de las Naciones Unidas, que con tanta generosidad os socorren, heraldos de gentileza y distribuidores de caridad, y por eso mismo precursores de concordia y de paz en el mundo, lejos de teneros lejos de Nos, os han conducido aquí con amoroso cuidado. Vaya, pues, a ellos, como a todos los bienhechores, a las instituciones, a las autoridades públicas que se ocupan de vosotros y de vuestro bien nuestra fervorosa acción de gracias, mientras que hacemos nuestras, dirigiéndolas a ellos, las palabras mismas de Jesús: «Todas las veces que habéis hecho algo por uno de estos hermanos míos más pequeños, lo habéis hecho por mí» (Mateo, 25, 40). Porque Nos sentimos profunda compasión al ver a los pequeños que padecen, al ver llegar a sus padres que, aunque padecen no menos que ellos, muchas veces el hambre y el frío, no tienen lágrimas más que para sus pequeños, y por eso damos las gracias a todos los que ofrecen

su contribución a tan santa obra de piedad y auxilio. Con estos sentimientos, queridos niños, os saludamos en el nombre de Jesús en esta monumental basílica edificada sobre la tumba de Pedro, el primer Papa, y en la que hoy os habéis juntado en tan gran número. Es inmensa, es la mayor del mundo, y, sin embargo, la llenáis y parece como que se quiere ensanchar y ensanchar para hacer sitio no sólo a los propios niños de Roma, que vosotros representáis y que no han podido venir con vosotros, sino también a todos vuestros hermanitos y hermanitas necesitados de Italia en el mundo. Más aún, para acogeros hoy, pequeños y grandes, a todos los que escuchen la voz del Señor y ansían responder a su palabra. Pero aunque esta basílica se pudiese agrandar cada vez más y agrandarse indefinidamente, sería siempre estrecha para contenerlos a todos. Ella es un centro de fieles, y aunque tan hermosa y tan vasta no es más que un símbolo del universo en honor de Jesús y una imagen de su derecho viviente, a la cual el Divino Redentor invita a todos vosotros sin excepción.

Queridos niños: orad para que los hombres no sean sordos a la voz de Jesucristo, para que la escuchen y se dejen conmover por la bondad de Aquel que tanto los ama y que, con los brazos extendidos sobre la cruz, quiere atraer a sí todas las cosas. Pero Jesucristo no se contentaba con acoger bondadoso a los niños, ni con considerar como hecho a Sí el bien que a ellos se les hiciera. El quiso en más de una ocasión proponerles como modelo a los mayores, a los que decía: «Si no os convertís como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo, 18, 3). Con estas palabras el Divino Maestro advertía a los mayores que se hicieran semejantes a los pequeños no ya en la edad y la experiencia, sino en la sencillez, en la humildad, en el huir de la envidia, del rencor, del odio, de la vanagloria y de la codicia desordenada de las riquezas, de los placeres y de los honores.

Y acaso estas palabras de Jesús podrán parecer no poco sorprendentes a más de uno de vosotros que al oírlas pensará en sus adentros: ¿Cómo? ¿Modelo yo, yo que hasta ahora he

sido tan poco dócil, tan poco obediente, estudioso, amante del trabajo, yo que no siempre he caminado por el buen camino? También los niños que se acercaban a Jesús tendrían probablemente sus defectos. Acaso algunos habían cometido ya algún pecado. Pero el niño, cuando falta, acaso más por debilidad, por inadvertencia, por la insidia de las sugerencias malvadas, que por su propia malicia, se deja con más facilidad que los mayores instruir y traer de nuevo al recto sendero y más vivamente desea transformarse. Pobres pequeñines y pequeñinas que habéis cometido alguna falta por querer demasiado haceros grandes. Volved a vuestro corazón de pequeños, volved a ser amantes de la oración, buenos, obedientes, fieles al deber, al estudio y al trabajo. De esta manera, más tarde, ya mayores, seréis venturosos y felices con la verdadera y sana alegría que da la buena conciencia, y os haréis útiles a vuestro país y al mundo, contribuyendo a mejorarlo. Sed valientes para obrar el bien y resistir el mal. No tengáis miedo a las heridas de vuestra alma, no degeneréis de los altos pensamientos de hijos de Dios. Combatid vuestros grandes y pequeños defectos sin tregua, con perseverancia y confianza. No les dejéis que crezcan al mismo tiempo que crecen los años; que insidien vuestra virtud y que os arrebaten la flor de la juventud, que es la inocencia. Es verdad que para eso os hará falta una grande gracia divina, y Nos la pedimos para vosotros, amados hijos, por intercesión de la Santísima Virgen María con toda la efusión de nuestro corazón paternal, mientras que os damos a vosotros, a vuestros padres, a vuestros insignes bienhechores y a las naciones que representan, la más amplia bendición.

Esta es la oración ferviente que elevamos al Señor en alas del amor:

Descienda, ¡oh Señor!, sobre estas almas adolescentes, ardientes y puras como cálidas rosas que al primer rayo de la mañana ofrecen al sol que las inunda de luz y de ardor sus delicados perfumes y los colores frescos de sus pétalos apenas abiertos.

Haz que con sus virtudes sean siempre la consolación y el goce de sus padres y sus maestros y ejemplo para todos de una vida francamente cristiana. Dirígelos hacia aquellos fines de ternura y afecto, de oración, de acción y de caridad que están en los efluvios admirables de tu providencia, y después de haberles concedido los indispensables bienes de la tierra que pasan, concede también a sus almas que por Ti anhelan, ¡oh Señor!, los imperecederos del Cielo donde Tú eres luz y alegría de los corazones, por los siglos de los siglos. Amén.

(Hasta aquí el Santo Padre había hablado italiano. Después añadió en inglés lo que sigue):

Sobre los campos desolados por la guerra se alza el grito de los niños que, hambrientos, ateridos, llaman en vano a la madre que podría alimentarlos y cubrirlos; la madre que habría aliviado sus dolores y sus cuerpos fatigados. Las calles de la ciudad tristemente resuenan con los gritos angustiosos de esos niños indefensos que van resbalando sin guía por el camino del vicio, del cine. Su voz es la voz del mañana y al mismo tiempo un reto. ¿Podrán ellos formar y construir un futuro? A través de ellos oímos la voz de su Creador con un llamamiento que se alza desde lo más profundo de un infinito amor. Lo que hacéis por ellos lo hacéis por mí. Yo seré vuestro galardón grande en demasía. Elevamos a Dios nuestras fervientes plegarias para que su bendición abundante descienda sobre todos vosotros.



ALOCUCION DEL PRELADO

PARA CELEBRACION DEL «DIA DEL PAPA» EN LA DIOCESIS

Se acerca nuevamente el «Día del Papa» en que el pueblo católico rinde homenaje a nuestro santísimo Padre Pío XII, con acción de gracias fervorosas a Dios por habernos enviado un Pontífice providencialísimo en estos tiempos tan aciagos.

Su solo lema «opus justitiae pax», tomado por él desde el primer día, fué ya el resumen proféticamente adelantado de esa gran lección que de continuo ha tenido que dar al mundo, y cuya necesidad y oportunidad se confirman cada día en las nuevas etapas del conflicto mundial.

El pasado año, al ocurrir esta fiesta, aun ardía la guerra militar; en éste, la lucha se ha trasladado principalmente a lo íntimo de las naciones, y al orden cívico, haciendo retemblar sus fundamentos políticos y sociales. No tenemos la paz de Cristo. Acude a la memoria aquella repetida frase de Jeremías «decían paz paz, y no había paz» (Jer. 6, 14; 8, 11). A esto se contraponen, como una advertencia perpetua, las palabras de Isaías en aquel pasaje de donde tomó el lema providencial nuestro Pontífice: «Hasta que se haya derramado sobre nosotros un espíritu de lo alto... entonces la paz será obra de la justicia, opus justitiae pax, y el fruto de la justicia el reposo y la seguridad para siempre; y reposará mi pueblo en la hermosura de la paz y en morada de seguridad y en descanso opulento». (Is. 32, 15-18).

Sobre nuestro Pontífice sí que descendió de verdad el Espíritu de lo alto. Su figura se agranda, cuando todas se empequeñecen. Plegue a Dios conservarle, magnificarle y aumentar de cada día su prestigio en medio de las naciones para que su voz sea más escuchada y su influencia pacificadora mejor recibida.

Para mayor comodidad y asistencia, el «Día del Papa» se celebrará este año, en la forma de costumbre, el 10 de Marzo, dominica más próxima al día 12, que es la fecha precisa de su coronación. Como siempre el «Día del Papa» ha de ser de oración, de doctrina y de testimonios de adhesión.

O r a c i ó n . Poco ha Su Santidad ha hablado para los niños. Justo es que en tierna correspondencia se una a la oración general del pueblo algún acto de los niños para el Papa. Al acostumbrado Te-Deum invítense las Autoridades.

D o c t r i n a . Instrúyase al pueblo acerca del Papado en los sermones del día, y en las conferencias de las veladas u otros actos análogos que se organicen. Amplio campo ofrecen para discurrir la teología católica y, aparte de los documentos escritos, las enseñanzas salidas de la boca de Pío XII en sus continuas alocuciones donde se revela su pensamiento y su acción.

A d h e s i ó n f e r v i e n t e . Manifiéstese ésta en una mayor concurrencia a los oficios del día y a los actos peculiares que se celebren; y no falten expresivos telegramas que se dirijan a la Ciudad Vaticana o a la Nunciatura Apostólica en Madrid, a más de los que Nos allá enviaremos en nombre del Ciero y fieles diocesanos.

Ciudadela, 25 de Febrero de 1946.

† EL OBISPO DE MENORCA

SUMARIO: Discurso del Papa a los niños.—Alocución del Prelado para celebración del «Día del Papa».